

CA
DE
ES
DE
OR
LO

[A small, rectangular white paper label is affixed to the lower part of the spine, but the text on it is illegible.]

V. DE RAULICA

TESORO DE
MEDICADORES ILUSTRES

HOMILIAS
SOBRE LAS
PARABOLAS DE
NUESTRO SENOR
JESUCRISTO

I

BT375

R3

v. 1

1885

008654



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080014854

HOMILÍAS
SOBRE LAS
PARÁBOLAS

DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

PREDICADAS EN EL VATICANO

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de la Orden de Teatinos.

TRADUCIDAS

POR LOS REDACTORES DEL TESORO DE PREDICADORES ILUSTRES.

(OBRA PÓSTUMA.)

TOMO I.

Segunda edición.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, número 13.

1885.

PARABOLAS

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

DE ANTONIO DE NAUICA

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

1801

EN LA IMPRENTA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

Tesoro de Predicadores Ilustres.

HOMILÍAS

SOBRE LAS

PARÁBOLAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I

HOMILÍAS
SOBRE LAS
PARÁBOLAS

DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

PREDICADAS EN EL VATICANO

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de la Orden de Teatinos.

TRADUCIDAS

POR LOS REDACTORES DEL TESORO DE PREDICADORES ILUSTRES.

(OBRA PÓSTUMA.)

TOMO I.
Segunda edicion.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

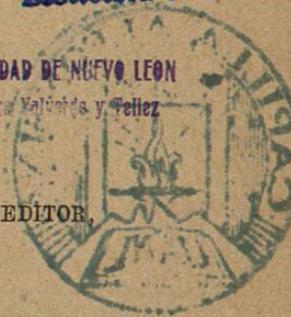
LIBRERÍA D.



PEZ, EDITOR.

13.

1885.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
45185

BT 375
R3
V.1
1885

Es propiedad.



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL LECTOR.

El siglo xviii fué para Francia el siglo de las decadencias. Costumbres, política, elocuencia, poesía, bellas artes, todo se deslizó por la pendiente de la declinación. Y nada tenía de extraño, porque dejándose guiar insensiblemente por las insinuaciones de una falsa sabiduría, poco á poco se prestaba ménos atención y docilidad á la amonestación divina: «Guardaos de dejaros seducir por una vana filosofía» (1).

Bajo la enseña de la filosofía cartesiana, se aparentó el deseo de realizar en el mundo intelectual la ficción del solitario Robinson Crusoe. Cada inteligencia individual llevó la temeridad hasta el punto de querer bastarse plenamente á sí misma, para reconstruirse y reconstruirlo todo. Olvidábase completamente esta recomendación preservadora: «Interrogad á los antiguos, y os dirán la verdad» (2). Se relegaba al olvido hasta el lenguaje del buen juicio. En nombre del progreso se fomentaba el desprecio de lo pasado, como si todo *progreso* no fuera el acto del que marcha avanzando, y no supusiere por punto de partida alguna realidad; como si el que marcha pudiese adelantar un pié sin apoyar

(1) Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam. (*Coloss.*, II, 18.)

(2) Memento dierum antiquorum; cogita generationes singulas; interroga patrem tuum et annuntiabit tibi; majores tuos et dicent tibi. (*Deuter.*, xxxii, 7.)

003554

detras el otro. Sucedió, pues, lo que racionalmente no podía ménos de acontecer: en vez de progreso real, hubo retroceso, hubo un desfallecimiento general.

La elocuencia del púlpito no debia sustraerse á la decadencia comun; y áun en ella debia ser más sensible y más pronta. Todo lo que pertenece al Cristianismo, debe vivir de tradicion y de unidad: toda institucion católica que olvida lo pasado, se aísla del centro de vida, y no puede ménos de debilitarse y perecer.

Forzoso es confesarlo y no dejarse obcecar por un patriotismo excesivo: en Francia se habia ido desarrollando sucesivamente una desgraciada tendencia en materia de religion; se procuraba el aislamiento, y se prescindia de lo pasado y del centro de vida. Casuística, liturgia, derecho canónico, historia eclesiástica, nada pudo sustraerse del fatal contagio. El estudio de los Santos Padres fué olvidándose poco á poco hasta quedar abandonado, y á ese abandono debe atribuirse la causa principal de la degeneracion de la elocuencia sagrada.

Pero es necesario tener muy en cuenta que esa alta importancia que atribuimos al estudio de los Padres, no ha de apoyarse precisamente en la preponderancia natural que debe asegurarse siempre su grande genio, y todavía mucho ménos en la pureza de su gusto, y en los tipos de lo bello que pueden ofrecer á la imitacion. Sobre esto último pudiera decirse algo, porque, como observó muy bien Fenelon, «los Padres, educados por los malos retóricos de su tiempo, fueron con frecuencia, en cuanto á gusto, envueltos en la preocupacion universal» (1). Pero como testigos vivos de la doctrina de la Iglesia en cada siglo, como depositarios incorruptibles de sus métodos y de su espíritu, son para nosotros maestros indispensables.

En el siglo xviii se olvidó demasiado de cuánto eran

(1) *Carta sobre la elocuencia.*

deudores al estudio de los Santos Padres los grandes maestros del xviii. Con un poco más de atencion, se hubiera visto que Bossuet, por ejemplo, despues de algunos ensayos en su juventud sacerdotal, se alejó de la capital para dedicarse al estudio profundo de los Padres; se hubiera visto que Bourdaloue, durante diez y ocho años de profesorado de Teología en Bourges, habia tenido tiempo de examinar á fondo los manantiales eclesiásticos. Para convencerse de ello, y de hasta qué alto punto se apropiaron la sustancia de los Padres, no hay más que observar con detenimiento la contextura de sus discursos.

Es necesario, pues, guardarse, en el entusiasmo de una admiracion exagerada, de no ver en los grandes predicadores franceses más que genios creadores, ó los productos inmediatos de una escuela nacional. No puede contenerse la sonrisa al oír las singulares hipérboles del abate Maury, cuando exclamaba: «¿Quereis conocer y medir la extension de la revolucion que Bossuet ha operado en el púlpito? Leed los sermones de Bourdaloue, de quien fué el precursor y el modelo. Un genio original y creador se descubre en cada género, por su escuela más bien que por sus producciones» (1).

Por lo que hace á nosotros, por generalizada que se encuentre la manía, bajo la influencia del Cristianismo, de asignar á todos los géneros genios creadores, y de suponer que el mundo intelectual debe progresar á fuerza de revoluciones, opinamos que el verdadero espíritu católico sabrá siempre atribuir ménos á la obra del hombre, y más á la obra de Dios, Rey inmortal de los siglos. No nos detendremos en el exámen de tantos supuestos creadores en el orden de las ciencias profanas, y siguiendo el objeto que nos hemos propuesto, diremos que, en nuestra opinion, la elocuencia sagrada vive es-

(1) *Ensayos sobre la elocuencia del púlpito*, cap. xviii.